

Prólogo

- ¿Cómo te llamas?

Un poco atemorizado, el muchacho retrocedió torpemente gateando sobre su espalda. Su respiración se había acelerado y sentía que su pequeño corazón iba a estallar por la fuerza de sus latidos. Había pasado la noche bajo la raíz de ese gran árbol intentando convencerse de que los aullidos de los lobos eran sólo producto de su imaginación.

- ¿Cómo te llamas? – repitió ella con una sonrisa amable.

El chico tragó saliva, decidiendo si ella resultaba una amenaza o no, pero pronto sus ojos se perdieron en la mirada purpúrea de la chica, y acabó por atreverse a abandonar su escondite.

- ¿Te has perdido? – le preguntó con una voz dulce que le hizo estremecer

- ¿Sabes dónde están tus papás?

Él negó con la cabeza, aún sin atreverse a decir una palabra delante de ella, un poco cabizbajo. Nunca había visto a alguien como esa chica, y eso le intimidaba y le fascinaba a partes iguales. Y cuando ella le tomó de la mano notó claramente cómo el lazo del destino de ambos se unía ya para siempre.

- ¿Quién eres? – le preguntó el chiquillo sorprendiéndose por el sonido de su propia voz.

- ¿Quién soy? – le devolvió ella la pregunta como si no comprendiera el contenido de la misma – Yo soy yo...

La broma parecía tan ridículamente absurda que el ya menos asustado joven se la tomó en serio y decidió no preguntar más por la identidad de su salvadora. Realmente fue poco el tiempo que pasaron juntos aquella vez, pero bastó para encontrarle un lugar seguro en el que esperar a que ella pudiera tener noticias de sus parientes y reencontrarle con ellos. No le explicó el motivo por el que no podía ir con ella, ni siquiera le dijo cuál era el sitio al que iba, pero siempre regresaba con un poco de alimento y sin nada nuevo que añadir sobre la búsqueda.

Los días pasaban, convirtiéndose en semanas y éstas, a su vez, en meses. Al principio, ella siempre intentaba distraerle de la ausencia de novedades con historias. Después, el corazón encogido del niño ya no esperaba saber de sus padres perdidos, sino escuchar más historias de las que ella le contaba. La compañía de esa chica extraordinaria se había convertido en su único anhelo. Pero lo que no sabía era que ella esperaba con la misma ilusión su reencuentro, y que, poco a poco, fue abandonando, casi sin querer, el rastreo para poder pasar más tiempo con él.

- Ven, te voy a enseñar algo.

La sorpresa le pilló desprevenido. Quería preguntarle a dónde le iba a llevar y, por un pequeño instante, pensó que podría tratarse de su familia. Quizás la había encontrado. Quizás ahora tocaba la despedida... Inmediatamente, la boca se le secó, impidiendo que pudiera decirle que no quería irse. Se limitó a seguirla entristecido, preguntándole si ella le echaría de menos o si, en cambio, le alegraba quitarse una carga de encima.

Ni se dio cuenta del tiempo que pasaron caminando, alejándose de los árboles y dejando el bosque atrás, ascendiendo sin descanso por un sendero que cada vez se hacía

más y más escarpado. La chica percibió la ausencia del muchacho, pero no se atrevió a preguntar. Por primera vez después de los días que había pasado planeando esta excursión, comenzó a dudar. ¿Y si a él no le gustaba lo que quería mostrarle? ¿Y si prefería...? No... no debía pensar así ahora que estaban a punto de llegar.

El chico sólo despertó del trance cuando se chocó con la espalda de ella, que se había detenido. Casi se cayó al suelo, pero los rápidos reflejos de su amiga lo impidieron. Un poco aturdido, sin saber si era por el golpe o por tenerla tan cerca, se dio cuenta de que estaba anocheciendo. Llevaban caminando casi todo el día, y de pronto notó el cansancio, sus músculos entumecidos, y supo que ya no podría dar un paso más.

- Vamos – le insistió ella – ya falta poco...
- No

El muchacho no pretendía que su voz sonara tan irritada. Tampoco sabía si estaba enfadado o no, pero no se sentía capaz de intentar arreglar la situación que se había vuelto tan tensa de repente.

Ella fijó sus ojos en los del muchacho en silencio, interrogándole con la mirada, pero no sirvió de mucho. Con la cara vuelta hacia otro lado, él parecía evitar todo contacto con ella, y se empezó a preguntar qué había hecho mal.

- Lo... lo siento... - dijo en un susurro apenas audible. – Yo sólo quería...
- ¿Qué? ¿Qué es lo que quieres? – le preguntó él súbitamente enojado

Las miradas se cruzaron de nuevo. Se habían invertido los papeles. ¿Se habían dado cuenta antes de la diferencia de tamaño? Tan grande él y tan pequeña ella... Tan frágil... El muchacho se sorprendió comparándola con el cristal, tan fácil de romper,

cuando hasta hace apenas unos segundos ella tenía para él el tamaño de una montaña. Tan poderosa y protectora. Y ella parecía pensar lo mismo, porque por primera vez vio miedo en sus ojos. ¿Realmente era miedo? Más bien parecía el brillo de la duda.

La cólera y la indignación se fueron tan raudas como habían venido, desapareciendo para dar paso a la culpabilidad.

- Tú nunca me has hablado de ti misma – más parecía un reproche que una disculpa.
- Nunca me has preguntado sobre mí – se justificó ella.
- ¡Eso no es verdad! – se defendió él con la vehemencia de quien se cree víctima de la injusticia. – Te pregunté quién eras...
- Y yo te contesté con sinceridad – le miró a los ojos – Yo soy yo.

La incredulidad le dejó sin palabras. ¿Le estaría tomando el pelo otra vez?

- Ven conmigo. – le pidió esta vez.

Y él asintió, preguntándose por qué estaría haciendo esto. Acababa de darse cuenta de que no era más que un juguete en manos de una chiquilla más pequeña que él. ¿Por qué no era capaz de resistirse a su purpúrea mirada? ¿Por qué le hipnotizaba el dulce sonido de su voz? ¿Y de dónde salían estas nuevas energías que le permitían moverse?

Sus ojos bajaron hacia su mano, entrelazada con la de ella. La piel de la muchacha resplandecía, como si las llamas de un débil fuego entre morado y dorado lamieran su cuerpo. Y ese leve resplandor se extendía hacia él inundándole de una calidez como nunca había sentido. Miró nuevamente a su amiga sin saber qué pensar.

¿Qué era ella?

- Ya hemos llegado. - ella se giró con una sonrisa resplandeciente, sin soltarle la mano.
- ¿Dónde... estamos? – preguntó el sobrecogido ante la vista.
- Hemos subido un poco más en la montaña, te he acercado a los límites.
- ¿Los límites?

Nuevamente sonrió la muchacha con una mezcla de picardía y misterio. Se acercó al borde de la terraza y señaló hacia abajo.

- La frontera de mi casa.

El chico dio unos pasos temerosos para acercarse a ella, mirando con recelo el borde del terreno. La caída era muy grande... Pero eso no le preocupó más en cuanto vio el lugar que ella le señalaba, una aldea escondida entre las colinas que parecían distribuidas a propósito en círculo para ocultarla.

- Pensé que si podías ver dónde vivo, aunque sea de lejos, te sentirás menos sólo cuando no estoy contigo – se sonrojó ella.

Él no sabía qué decir. ¿Por qué le habría traído hasta aquí? ¿Para mostrarle que ella tenía un sitio al que regresar donde le esperaban con los brazos abiertos? Pero ella no era así... ¿verdad?

- No puedes entrar, al menos no por ahora – contestó ella a su muda pregunta, ¿podría leer la mente? – pero te prometo que las cosas cambiarán y entonces podremos vivir juntos allí.
- Va-vale... - aceptó el rendido por la franca sonrisa de la muchacha

Satisfecha, volvió a cogerle la mano para arrastrarle lejos del precipicio, hacia lo que parecía la entrada a una gruta.

- Aquí estarás más cómodo que abajo – iluminó con un gesto una lámpara de aceite que había sobre una piedra – He traído lo que he podido sin que se notara para hacerte un hogar.
- ¿Cómo has hecho eso? – le preguntó él con los ojos muy abiertos
- ¿Hacer el qué? – le respondió distraída mientras terminaba de acomodar unos almohadones en la improvisada cama.
- Eso... - ni le salían las palabras – encenderlo... - dijo en un susurro

Ella se rió y a él le pareció el sonido más dulce que había escuchado en su corta vida.

- Pensé que ya te habías dado cuenta – le embromó metiéndose un poco con él. – Yo soy un Ángel.

Y la mirada de ella fue tan intensa que el muchacho realmente pensaba que había descendido de los cielos para hacerse cargo de él

- No... - continuó ella entre risas – No de ese tipo.
- ¿Cómo te llamas? – le preguntó él avergonzándose por momentos.
- Lluna – su sonido de su voz parecía bailar con la brisa – mi nombre es Lluna.